

viado á Weissenfels, la dificultad de hacer que desfilara todo el ejército por un solo puente de longitud inmensa, el que conduce de Leipsick á Lindenau. De consiguiente propuso al príncipe Berthier que mas arriba y mas abajo se echaran puentes accesorios para el paso de la infantería, á fin de reservar la calzada principal á la artillería, á la caballería y á los bagages. Ya fuese que Berthier, poseido aun de la pesadumbre que se tuvo en hablar á Napoleon de retirada, no se atreviese á hablarle de nuevo, ya, y esto es lo mas probable, que se atuviese á la costumbre inveterada de dejarlo á su prevision todo, rechazó al coronel diciendo que convenia saber ejecutar las órdenes del emperador, y no tener la presuncion de superarlas. Quizá se habia fijado tambien Napoleon en este caso, y no habia querido mandar cosa alguna que anunciase muy de antemano su retirada. Sea como quiera, se redujo de voluntad propia al solo puente de Lindenau, lo cual en ciertos casos podia ser de sumo peligro (1).

(1) Ningun incidente de esta campaña ha dado origen á mas debate que el de la existencia de un solo puente para operar la retirada de Leipsick. Los escritores, cuyo tema ordinario es que Napoleon no cometió ni una falta, ni una omision en toda su vida, pretenden que Napoleon previno á Berthier que se echaran muchos puentes por mas arriba y mas abajo de Lindenau, y que Berthier no cumplió esta orden tan importante, no descuidando las órdenes mas accesorias. Este nuevo aserto pudiera ser admitido, por inverosímil que sea suponiendo por Berthier, cansado, afligido, enfermo, como lo estaba entonces, olvidara las prescripciones de Napoleon. Pero contra esta hipótesis existe por desgracia el aserto del coronel Monfort, quien despues del suceso ha declarado que dirigió á Berthier las

Apenas volvió Napoleon á Probstheyda, donde habia tenido su bivaque, desde lo alto de una cumbré en que se hallaba situado, dividió tres grandes columnas, mas fuertes hoy que el dia antes, marchando concéntricamente sobre su nueva línea de batalla. Hacia nuestra derecha y apoyándose, no ya en Mark-Kleeberg, sino algo mas á la espalda en Dolitz, era el príncipe de Hesse-Homburgo, que con los granaderos de Bianchi y de Weisseuwolf, con la caballería de reserva de Nostitz, con el cuerpo de Colloredo y la division ligera de Aloys-Lichtenstein, avanzaba contra Poniatowski y Augereau. En el centro eran Kleist y Wittgenstein, juntos hoy en una sola columna de ataque, y seguidos de las guardias prusiana y rusa, que marchaban desde

mas vivas instancias, para que le autorizara á echar puentes accesorios, cosa que debiera ser bastante para refrescar la memoria del mayor general si tenia necesidad de recuerdo. Verdad es que se pudiera acusar al coronel Monfort, sometido posteriormente á juicio por este lance, de haber inventado este aserto á fin de excusarse. Pero, además de la buena fé del coronel, que nadie que le haya conocido puede poner en duda, poseo de este aserto y de su exactitud otra prueba. El mismo dia del embarazosísimo paso del puente de Lindenau, esto es el 19 de octubre, hablando el coronel Monfort con el coronel de ingenieros Lamare en medio de la muchedumbre que se agolpaba sobre el puente, le dijo con pena que el dia antes habia dirigido las mas vivas instancias á Berthier para que le autorizara á echar otros puentes, y que le habia respondido que era necesario aguardar las órdenes del emperador. Así en el instante mismo, y no teniendo el coronel Monfort que justificarse ante un consejo de guerra, y sin que aun le pudiera ocurrir tal cosa, reproducia el hecho con una sinceridad y una espontaneidad evidentes. De consiguiente no cabe poner el tal hecho en duda. ¿Y cómo suponer ahora que, teniendo Berthier órdenes de Napoleon, no las hu-

Wachau y Liebert-Wolkwitz sobre Probstheyda, donde se hallaban Victor y la Guardia. Finalmente á la izquierda eran Klenau, Benningsen y Bubna, que de de el bosque de la Universidad y Seyffertshayn se dirigian sobre Zeickelhausen y Holzhausen contra Macdonald. Plegando su derecha en torno de nuestra linea esta última columna, iba por entre la llanura de Leipsick á amenazar la posicion de Ney, si bien con circunspeccion suma, dado que, para empeñarse, aguardaba á que Bernadotte hubiese pasado el Partha. Estas tres columnas podrian constar de cincuenta y cinco á sesenta mil hombres cada una, excepto la de Benningsen que se aproximaba á setenta mil soldados. Para hacer frente á estos ciento ochenta mil combatientes, Napoleon tenia, como el dia antes, á Poniatowski, Augereau, Victor, Lauriston, Macdonald, la Guardia,

biese ejecutado? Esta inverosimilitud pasa de raya, pues se necesitara que el mayor general pecase de estúpido y de traidor; y consta que este antiguo camarada de Napoleon, bien que fatigado, se mostraba tan adicto como hábil. No hay pues mas que una suposicion posible, y es la de que, no habiendo pensado Napoleon en ello, ó lo que es mas probable, queriendo hacer una retirada á su antojo, por decirlo de esta manera, sin apretar el paso, creyó el puente de Lindenau suficiente. Tambien queria sin duda evitar que los preparativos indicantes de una retirada precipitada afectasen la moral de los soldados. De todos modos esta es la única suposicion que no ofende al buen sentido. Verdad es que en este caso habria que convenir en que Napoleon cometió un yerro. Pero por lo á que nosotros hace, aun mirándole como uno de los genios mas eminentes de la humanidad, pedimos licencia, no á sus admiradores, entre cuyo número nos contamos, sino á sus adoradores, á los cuales no pertenecemos, para creer que en el curso de su vida le aconteció engañarse.

los cuerpos 1.º, 2.º, 4.º y 5.º de caballeria, presentando á la sazón una masa total que excedia algo de ochenta mil hombres. En el angulo formado por el Elster y el Pleisse habian dejado los coaligados el cuerpo de Merfeld, y mas alla del Elster hacia Lindenau á Giulay, reuniendo entre los dos mas de veinte y cinco mil hombres. Finalmente Bernadotte y Blucher contaban cien mil entre ambos. Para oponerseles tenia Ney á Marmont reducido á doce ó trece mil hombres, á Reynier á igual número poco mas ó menos, á Souham á catorce mil á lo sumo. Margaron no juntaba mas de doce mil con el duque de Padua y Dombrowski. Por consiguiente eran ciento treinta mil contra trescientos mil entre todos. Bertrand estaba en camino por Weissenfels con diez y ocho mil hombres. Mortier le apoyaba con dos divisiones de la Jóven Guardia.

Al retirarse todas las columnas de Napoleon dejaron fuertes retaguardias esparcidas en tiradores, que disputaban el terreno palmo á palmo, y no lo cedian sino despues de causar grandes pérdidas al enemigo. Detrás de Wachau y de Liebert-Wolkwitz en el corral de Meusdorf situado delante de Probstheyda, no se retiraron sin cubrir la tierra de cadáveres prusianos y rusos. En Zuckelhausen y en Holzhausen, donde se hallaba el cuerpo de Macdonald, se hizo cara á la division prusiana de Zeithen y á los austriacos de Klenau, y se les mató mucha gente antes de retroceder sobre Stotteritz. Una vez tomada esta última posicion por Macdonald, nuestra nueva linea de batalla era la siguiente. Desde las orillas del Pleisse, esto es, desde Dolitz á Probstheyda, formaba una linea continua, se doblaba en angulo recto hacia Probstheyda, se remon-

taba al Norte hasta las márgenes del Partha por Stotteritz, Melckau y Scholfen, donde se encontraban Macdonald, Reynier y Marmont.

Por tanto Probstheyda era el ángulo saliente que debía tomar el enemigo, y donde Napoleón estaba determinado á hacerse firme con pertinacia. Además de Victor, que guardaba á Probstheyda, tenía detrás á Lauriston, que se enlazaba á Macdonald, á la Guardia y á la caballería. Hasta el momento en que llegaron á la línea de las posiciones, que Napoleón quería conservar, los coaligados no encontraron mas que retaguardias que disputaban el terreno, si bien concluían por abandonarlo. Llegados delante de Dolitz, de Probstheyda, de Stotteritz, encontraron líneas inmóviles, imponentes y según todas las apariencias muy poco inclinadas á ceder el puesto. Sin embargo, probaron á ahuyentarlas con cierta especie de energía desesperada.

La columna del príncipe de Hesse-Homburgo se echó sobre Dolitz, lo tomó, lo perdió, lo recuperó y lo perdió de nuevo. Este punto lo defendían Poniatowski y Augereau muy agotados, y sin contar mas de diez mil hombres entre uno y otro. Gravemente herido salió el príncipe de Hesse-Homburgo, y reemplazóle al punto el general Bianchi. A pesar de todo nos vimos forzados á ceder algun terreno y á irnos á situar en Connowitz detrás de una línea de agua, alternativamente estancada y corriente, que desde Probstheyda iba á Connowitz á lanzarse en el Pleisse. Antes de que se retirara nuestra caballería ejecutó allí soberbias cargas, rechazó muchas veces la de los austriacos, y luego se replegó con la infantería detrás del riachuelo citado. Ya en Connowitz se establecieron Poniatowski y Augereau in-

venciblemente. Oudinot con las dos divisiones restantes de la Joven Guardia, pues se ha visto que las otras dos estaban en Leipsick á las órdenes de Mortier, se apostó detrás del riachuelo entre Connowitz y Probstheyda, con la caballería alineada en los huecos dejados por la infantería. Parte de la artillería de la Guardia se puso en batería, y abrasó con sus fuegos á las masas contrarias. Muchas veces probaron los austriacos á superar el obstáculo este, y siempre se les hizo morir al pie de la posición. El cuerpo de Merfeld, mandado por Sederer y situado al otro lado del Pleisse, sobre el terreno bajo y lleno de matorrales que cruzan el Pleisse y el Elster en todas direcciones, renovaba los ataques de la antevíspera contra nuestra izquierda, con intención de rebasarla. No pudieron enviarnos mas que balas de cañon que se le devolvieron con usura.

Medio día era y retumbaba el cañon hácia el Norte, claro anuncio de que Blucher y Bernadotte entraban en acción, con lo cual se daban á la vez tres batallas. Casi se puede decir que estaba empeñada otra, porque sobre nuestra derecha, mas allá del Pleisse y del Elster y en la llanura de Lutzen, se oía el cañon de Bertrand al haberselas con Giulai para abrirse camino por Weissenfels. Esta espantosa extension de matanza no alteraba mas el semblante de Napoleón que el corazón de nuestros soldados, exaltados por decirlo así ante esta solemnidad de una batalla sin par en la historia, porque hacia tres dias que en las llanuras de Leipsick se disputaban quinientos mil hombres el imperio del mundo. Nunca se habia visto semejante número de hombres sobre un mismo campo de batalla.

Para el príncipe de Schwarzenberg fué el cañon de Blucher y de Bernadotte la señal de un ataque furioso contra el punto decisivo de Probstheyda. Ya Kleist y Wittgenstein, formando la columna del centro, habian avanzado, Kleist con las tres divisiones prusianas de Klux, Pirch y el príncipe Augusto, Wittgenstein con las dos divisiones rusas del príncipe Eugenio de Wurtemberg y de Gortschakoff, seguidos de las reservas. Llegados delante de la posición, los prusianos, que siempre disputaban la cabeza de los ataques, por la razón muy honrosa para ellos de tratarse en esta lucha terrible de la emancipacion de Alemania, se arrojan á paso de carga sobre Probstheyda antes que todos. Alineado Drouot delante de Probstheyda, los aguarda con la caballeria de la Guardia, y Victor con su infantería. Se necesitaba trepar un terreno inclinado en forma de glasis. Drouot los deja llegar á este declive, luego los cubre de metralla y los precipita confusamente unos sobre otros. No obstante, animados de una verdadera rabia patriótica, se vuelven á poner en línea, segunda vez marchan contra Probstheyda, y logran penetrar en su recinto. Pero con sus diezmas divisiones, los carga Victor á la bayoneta, y los contiene. Despues de haberlos atajado, los empuja y nuestra artillería los ametralla de nuevo. Maltratadas horriblemente las tres divisiones prusianas, van á rehacerse á alguna distancia, debajo del glasis sobre el cual se alza Probstheyda. Napoleon hace avanzar á Lauriston, y bajo una granizada de balas de cañon alinea personalmente por detrás en muy espesas columnas á las dos divisiones de la Vieja Guardia, de Curial y Friant, única reserva que le queda. Estos

granaderos excelentes, con sus enormes gorras de pelo, inmóviles entre las balas, son puestos como dos arbolantes poderosos detrás de Lauriston y de Victor. Se espera un nuevo ataque, y todos se prometen recibirle como el pasado.

Con efecto, habiendo tomado aliento un instante, y estrechado sus filas las tres divisiones prusianas, se les incorporan las divisiones rusas de Wittgenstein y avanzan á impulsos de un mismo movimiento, siempre abrumadas por la metralla de Drouot. Juntas se arrojan sobre Probstheyda, lo envuelven y se meten dentro, y al parecer deben ahora señorearlo. Pero Victor, á pesar de estar agotadas sus tropas, Lauriston con las suyas reducidas en dos terceras partes de resultas de la batalla del 16 de octubre, caen sobre los rusos y los prusianos á la bayoneta, pelean cuerpo á cuerpo, y merced á un esfuerzo supremo, arrollan fuera de la aldea á los asaltadores, y los acosan en el declive del terreno, donde, aprovechándose de esta nueva ocasion nuestra artillería, los cubre otra vez de metralla.

Mientras se resiste así de frente, otro enemigo se presenta por la izquierda, y es la division prusiana de Zeithen, que, habiendo hecho con los austriacos de Klenau una tentativa infructuosa sobre Stotteritz, declina sobre Probstheyda. Pero parte de la artillería de Drouot, establecida sobre el lado izquierdo de la aldea, la recibe de flanco y la rechaza solo con el fuego de sus cañones.

Teniendo despues de tales tentativas mas de doce mil hombres fuera de combate, no podia liasonjearse el príncipe de Schwarzenberg de señorear una posición que hacia inexpugnable el va-

lor de nuestros soldados. Decidióse como la antevíspera á obrar contra el ejército francés por vía de estrechamiento sucesivo. Se habia estrechado á Napoleon sobre Leipsick el 16 de octubre, y forzósele el 18 á retirarse una legua mas á la espalda. Se acabaria el 19 por arrinconarle en Leipsick mismo, alargando á Blucher y á Bernadotte la mano. Desde entonces resolvió el príncipe generalísimo emplear por su parte la jornada en un combate de artillería, y para sostenerlo con menos desventaja, retrocedió algunos centenares de pasos hácia un terreno elevado ligeramete, y cuya elevacion daba cara á la de Probstheyda. Allí frente por frente de los franceses, se puso á cruzar con ellos uno de los cañoneos mas espantosos que se hayan oido nunca.

Durante este tiempo, Benningsen, opuesto á nuestra izquierda, que desde Probstheyda se remontaba á Leipsick hácia el Norte, probó á acometer á Melckau, si bien menos atrevidamente que Schwarzenberg, porque esperaba á Bernadotte y á Blucher antes de empeñarse formalmente. En cuanto á estos, véase lo que les pasaba.

Tras de negarse Blucher á una entrevista con Bernadotte, acabó por acceder á ella á las ocho de la mañana, y convinieron en pasar el Partha; pero no lo consintió Bernadotte sino á condicion de que Blucher le prestaria treinta mil hombres, y este otorgólo, poniéndose á la cabeza de este número de soldados que eran los que Langeron mandaba. Efectivamente, mientras Sacken y York, establecidos al otro lado del Partha, y al Norte de Leipsick del todo, cruzaban con Margaron y Dombrowski balas de artillería, Blucher pasó el Partha

mas cerca, esto es, por Neutzsch, y trasladándose luego al Este de Leipsick, bajó sobre Stolfen, donde la segunda division de Marmont se hallaba establecida. Marmont con sus otras dos divisiones, Ney con Souham y con Reynier operaron una conversion hácia la espalda para ir por Sellahausen á enlazar su derecha con Macdonald, que se hallaba en Stotteritz. Por lo que hace á Bernadotte, ejecutando un largo rodeo para cruzar el Partha lo mas lejos posible de los franceses, fué á pasarlo por Taucha, y con los prusianos á la cabeza, avanzó hácia el frente de Reynier por Heiterblick. Tales fueron los movimientos de unos y otros en el curso de la mañana, durante el terrible combate de Probstheyda.

Delante de Sellahausen, donde se encontraba Reynier, habia una aldea formando punta saliente en la llanura y bastante dominante, la de Paunsdorf, que Ney hubiera deseado ocupar, porque desde este punto se podia interponer entre el ejército de Bohemia y del Norte, y aun quizá impedir que se incorporaran uno á otro. Reynier no participaba de este dictámen por un motivo muy prudente. Desconfiaba de los sajones, que no cesaban de murmurar y de amenazar con desertarse. Encajonados hasta ahora entre las dos divisiones francesas de Guillemiot y de Durutte, habian permanecido fieles; pero desde la partida de Guillemiot solo estaban flanqueados por un lado, y Reynier rehusaba empujarlos hácia adelante para exponerlos á la tentacion de abandonarnos. Mas atrevido Ney los hizo avanzar en columna hacia Paunsdorf, cuidando de colocar detrás de ellos á la division de Durutte para apoyarlos y contenerlos. Pero no bien

divisaron las insignias de Bernadotte, con cuyo estado mayor se hallaban en comunicaciones secretas, por un homenaje, que no era el de la fidelidad á la fidelidad, marcharon de súbito hácia sus filas. Desertó la caballería la primera, y la siguió la infantería. El mariscal Marmont, situado á su izquierda, creyó que se dejaban arrebatar por demasiado ardimiento, y corrió detrás de ellos; pero se desengañó muy pronto, y ¡oh traicion indigna tan luego como se hallaron á algunos pasos de nuestra línea de batalla, volvieron sus cañones contra nosotros, disparando á la division de Durutte, con la cual estaban sirviendo ya hacia dos años. Sin duda Napoleon habia violentado sus sentimientos, encadenado sus corazones y sus brazos á una causa que no amaban de ningun modo; derecho les asistia para abandonarnos, pero no sobre el campo de batalla; y por lo demás, si Dios nos castigaba en este momento por haber pesado excesivamente sobre la Europa, muy pronto les preparaba á ellos un terrible y justo castigo, el del fraccionamiento de su patria.

Ney acudió á la vista de este espectáculo para auxiliar á la division de Durutte, que asaltada de repente por el cuerpo de Bulow, se esforzaba por mantenerse firme con trabajo. Cinco mil hombres lucharon contra veinte mil durante mas de una hora, y lucharon heroicamente. No obstante, hubo que ceder y que replegarse hácia Sellerhausen. Ney les llevó la division de Delmás para impedir que fueran agobiados en su movimiento retrógrado. Delmás, el veterano de la república, murió noblemente al ir con su division en socorro de Durutte. Mientras á la derecha de Ney peleaban Du-

rutte y Delmás entre Paunsdorf y Sellerhausen, Marmont á la izquierda sostenia en la hermosa aldea de Schonfeld un combate furioso. Schonfeld era el punto esencial donde, remontándose nuestra línea al Norte, se iba á apoyar en el Partha, y era el punto que Blucher queria tomar con los soldados de Langeron. En el espacio de algunas horas la division de Lagrange perdió esta aldea y la recuperó hasta siete veces. Por último, iba á sucumbir cuando Ney llegó á reforzarle con una de las divisiones de Souham, la de Ricard. Por última vez recupero á Schonfeld. Entre este punto y Sellerhausen Marmont con las divisiones de Compans y de Friederichs formadas en cuadro, resistia á todos los asaltos de la caballería prusiana y rusa. Pero veinte y ocho mil hombres no podian luchar contra noventa mil largo tiempo, y cediéronse Schonfeld y Sellerhausen para aproximarse á Leipsick, con el temor de ver á Bernadotte y á Bubna, ya reunidos en la llanura de Leipsick, penetrar por la brecha que habia abierto en nuestra línea la defeccion de los sajones.

Por fortuna llegaba al galope un refuerzo considerable de caballería y de artillería. Era Nansouty con la caballería y la artillería de la Guardia que acudia guiado por el emperador en persona. Resonando hasta en el cuartel general el ruido de la defeccion de los sajones, sublevó los corazones de todos, y dejando Napoleon á Murat en Probstheyda, para que le reemplazara en la batalla del Sur, convertida ya en cañoneo, fué á toda prisa á reparar esta imprevista desventura que ponía colmo á nuestras calamidades.

Al verlo por un lado Bulow y por otro Bubna,

ya prontos á darse la mano, formaron cada uno gancho á la espalda, para presentar un flanco á la caballería de Nansouty. Este les cargó de muerte, ora á la derecha, ora á la izquierda, sin poder trastornar su espesa masa. Pero atajó sus progresos, y allí, como en los tres frentes de este inmenso campo de batalla, desde Leipsick hasta Schonfeld, hácia el Norte, desde Schonfeld hasta Probstheyda hácia el Este, desde Probstheyda hasta Connewitz, un cañoneo de dos mil bocas de fuego puso término á esta batalla, justamente llamada *de Gigantes*, y hasta ahora la mayor sin duda de todos los siglos.

Mientras se vieron unos á otros, disparóse con cierta especie de furia, bien que sin esperanza por parte de los coaligados de hacer abandonar á los franceses la línea en que se habian establecido. Nuestros soldados permanecieron inmóviles, como fijos en límites que no podia traspasar ningún poder humano. De admiración estaban poseidos los corazones de sus mismos contrarios á pesar de lo sañudos, y sañudos con razón, pues se trataba de emancipar su patria. Mentiría la historia si quisiera afirmar puntualmente lo que costó esta batalla. Solo se puede calcular con arreglo á los hombres que se hallaron útiles á los días siguientes en los ejércitos beligerantes. Cerca de veinte mil hombres por nuestra parte y treinta mil por la de los coaligados, expuestos á fuegos dominantes y bien dirigidos, fueron el número de víctimas de esta tercera jornada. Así en tres días cayeron bajo el fuego mas de cuarenta mil franceses y mas de sesenta mil alemanes y rusos. ¡Ah, digámoslo muy alto ante tan horrible matanza, la guerra, cuando

no es absolutamente necesaria, no es otra cosa que una criminal locura.

Por gloriosa que fuese la resistencia de nuestro ejército no le quedaba mas arbitrio que el de retirarse acto continuo despues de tan horrorosa jornada, y mas valiera de seguro levantar el campo el 17 por la noche, que arriesgar la terrible batalla del 18, para conservar algunas horas mas una aptitud victoriosa. No por esto urgia menos retirarse hoy lo mas pronto posible, á riesgo de sufrir pérdidas enormes al cruzar una ciudad como Leipsick con un ejército que, despues de haber sido inmenso en personal y en material, lo era en material todavía, y no tenia para libertar lo que le quedaba mas que un solo puente, el de Lindenau, de media legua de largo, abarcando bosques, pantanos, y muchos brazos de rios.

Aunque sufriendo Napoleon cruelmente en el fondo del alma, ocultando sus padecimientos bajo la impasible altanería de su semblante, abandonó su puesto de Probstheyda por la tarde, y dirigióse á Leipsick á fin de disponerlo todo para una retirada inmediata. Tras de rehusar veinte y cuatro horas antes el amparo de las sombras de la noche, necesitaba aceptarlo ahora, y sustraer al enemigo lo mas posible de nuestros embarazos antes del ataque fácil de prever para el día siguiente. Napoleon bajó á una simple hostería situada en el centro de la ciudad, y allí expidió sus órdenes todas. Prescribió á los estados mayores de los diversos cuerpos que desfilaran toda la noche con el material, los heridos que pudieran ser trasladados, la artillería que se habia conservado entera, excepto solo veinte piezas que de resultas de una explosion

se perdieron en el combate de Mockern. Ordenó que los cuerpos de ejército se retiraran seguidamente unos detrás de otros, llevando a la cabeza á la Guardia, dos de cuyas divisiones habian pasado ya á las órdenes del general Bertrand. Cruzado el puente, debia formar la Guardia en batalla sobre la meseta de Lindenau que domina el Elster, y presentar así al enemigo una retaguardia invencible. Como era probable que, al ver los coaligados nuestra partida, quisieran arrojar sobre nosotros, á fin de añadir á nuestro paso por medio de Leipsick todas las dificultades de una sangrienta lucha, prescribió al 7.º cuerpo del general Reynier, compuesto á la sazón de la única division de Durutte, que disputara el arrabal de Halle al Norte de la ciudad. Le debia ayudar la division de Dombrowski en tan peligrosa tarea. Marmont con las reliquias de su 6.º cuerpo y una division del 3.º de Souham, debia defender el Este de la ciudad, donde iban á apretarse Blucher y Bernadotte. Finalmente, Macdonald, cuyo cuerpo habia sufrido menos que los otros el día 18, enlazándose con Marmont por su izquierda y en union de Lauriston y de Poniatowski, debia proteger el lado del Sur contra el grande ejército de Bohemia. Mientras la Guardia, toda la caballeria y los restos de Victor, de Augereau y de Ney levantaban el campo, tenian encargo estos cuerpos de disputar los arrabales á todo trance, de barrear como pudieran sus calles, y de desfilar despues ellos mismos por una ancharambla guarnecida de árboles que rodeaba a la ciudad y la separaba de los arrabales. Replegándose unos tras otros por esta via, tres ó cuatro veces mas ancha que una calle, debian seguir por el lado

de Poniente, ganar el puente de Lindenau y cruzar sucesivamente el Pleisse y el Elster. Llamado el coronel Monfort al lado de Berthier, no para el establecimiento de puentes accesorios, pues ya no era tiempo de pensar en tal cosa, sino para ciertas precauciones de seguridad, recibió orden de disponer una mina debajo del arco mas próximo á la ciudad, para hacerlo saltar en el momento en que el último cuerpo francés lo hubiera pasado; orden muy fácil de dar, pero sujeta en la ejecucion á saber Dios cuantos riesgos. ¿Seria bastante largo el combate de los arrabales para dar lugar á que desfilasen los hombres y las cosas? ¿Y tendrian tiempo de retirarse á su turno y de librarse de manos del enemigo los cuerpos encargados de sostener aquel combate? ¿No era finalmente de temer que, penetrando los coaligados por algunos puntos, llegaran al puente antes que los últimos cuerpos franceses? ¿Cómo contener en este caso la persecucion de los unos sin impedir tambien la retirada de los otros? Napoleon no experimentó zozobra por ninguna de estas cuestiones, y no podia experimentarlas tampoco, pues en la extremidad á que habia llevado las cosas, solamente el acaso debia decidir de las consecuencias. Por otra parte, aun absorbido al parecer en expedir órdenes, se ocupaba asimismo en penetrar con sinuista mirada en las sombrías profundidades de lo venidero, donde ya podia ver no solo batallas perdidas, sino imperios desmoronados, y su misma persona precipitada con las ruinas en un abismo.

A estas instrucciones para la retirada de Leipsick añadió otras destinadas á los cuerpos dejados junto al Elba, y reducidas á capitular todos, si no



les volvía á abrir las puertas de Francia, cerradas entonces, un milagro de energía y de presencia de ánimo que los juntara al mariscal Davout sobre el bajo Elba. Al gran cuartel general, del que permaneció separado, le previno que se encaminara á Torgau con los parques. Despachó emisarios á Dresde, á Torgau, á Wittenberg, para indicar un medio de salvacion, consistente en que el mariscal Saint-Cir, que aun mandaba treinta mil hombres, y que, de no perder tiempo, se hallaba en disposicion de arrollar cuanto hallara al paso, saliera de Dresde y se dirigiera á Torgau, de allí á Wittenberg y de allí á Magdeburgo, y allegando sucesivamente las guarniciones todas, se fuera á incorporar á Davout con setenta mil hombres. Contando cien mil entre ambos, aun podian salvar á algunas guarniciones del Oder y tornar de seguida á Francia por Wesel á la cabeza de ciento veinte mil soldados. ¡Pero qué de milagros se tenian que operar para que tal orden llegara, se pusiera por obra y saliera á medida del deseo! ¡Apenas se hubiera podido esperar semejante milagro de soldados y de oficiales que tuvieran el ímpetu y la confianza de la victoria! ¡Y en este caso, qué de miles de heridos, cuarenta mil quizá y no menos entregados á la barbarie de un vencedor cegado por cierta especie de fanatismo patriótico hasta el extremo de inducirle á creer que el patriotismo dispensa de mostrarse humano!

Toda la noche del 18 al 19 duró el desfile de los diversos cuerpos, y fué especialmente retardado por el paso de la artillería, que era muy numerosa y habia conservado valerosamente sus piezas. Casi todos los infelices heridos de la jornada

del 18 eran sacrificados de antemano, siendo absoluta la imposibilidad de llevarlos consigo. Pero hubo tiempo de juntar algunos de los de la jornada del 16, y seguian detrás sobre carros pequeños que se pudieron haber á la mano. Esta serie de cañones, de arcas, de carros con heridos, formaba un hacinamiento enorme y retardaba sobremanera el desfile de las columnas. Pretendiendo pasar tan luego como llegaba y pisando á menudo á la muchedumbre inerme que obstruia los puentes, aumentaba el tumulto la Guardia, que se habia batido denodadamente, pero que tenia el espíritu de dominacion de los cuerpos de preferencia, y asi provocaba gritos de odio en su contra. El triste orgullo de llevarse cinco ó seis mil prisioneros, cogidos en Dresde unos y en Leipsick otros, ocasionó un nuevo embarazo, pues ocuparon el puesto de idéntico número de soldados útiles ó de heridos. Cuando asomó el dia, se hizo aun mayor la afluencia, porque todos pensaban en la fuga despues de tomar algunas horas de reposo, y se apresuraban á ganar el tiempo consumido en el sueño. Esfuerzos inauditos se hacian para entrar en aquel angosto torrente que corria hacia Lindenau y que en ciertos momentos acababa por detenerse, como se detienen por falta de espacio los témpanos de nieve que arrastra un rio proximo á helarse. Cada tropa nueva que se queria meter entre aquella apiñada muchedumbre, daba margen á resistencias, á gritos y á verdaderos combates. Añádase á este lúgubre espectáculo el estampido de mil bocas de fuego, que volvieron á empezar á tronar desde por la mañana, y apenas se tendrá exacta idea de nuestra horrible partida de Alemania.